

MISIÓN DIPLOMÁTICA

DANIEL F. GALOUYE

—¡Pero nosotros no somos malarkianos! —Las manos del Secretario de Comercio Munsford se agitaban impacientemente, pero su gesto se perdió en el inmenso despacho.

El funcionario sentado tras el escritorio observó a Munsford y al Secretario de Asuntos Interplanetarios.

—Los malarkianos siempre gastan este tipo de bromas —dijo.

El Secretario de Comercio se envaró rígidamente y adoptó una expresión de ultrajada dignidad que encajaba perfectamente con sus escasos cabellos grises.

—No se trata de ninguna broma, señor.

—Nosotros somos solarianos —explicó Bradley Edgerton, con una legítima irritación—. Para ser más exactos, somos...

—Para mí, tienen ustedes aspecto de malarkianos —gruñó el funcionario sin mover un pulgar, mientras que un peso apoyado sobre su escritorio comenzaba a levitar y luego caía pesadamente por sí mismo sobre la mesa como para rubricar su escepticismo.

Los humanos se esforzaron en no mirar. Aquel personaje estaba lleno de cosas extrañas como aquella.

—Para ser más exactos —puntualizó obstinadamente el Secretario de Asuntos Interplanetarios—, somos solcensirianos, que es el nombre compuesto por el cual designamos los tres sistemas que habitamos: Sol, Centauro y Sirio. Hasta estos últimos tiempos, ignorábamos completamente la existencia de la Gran Comunidad Galáctica.

El funcionario se echó atrás en su sillón, y sus protuberantes ojos facetados se clavaron en la pared opuesta. Una de las excrescencias en forma de zarcillo sobre su frente se estremeció. Era una orden. Inmediatamente, un ayudante se materializó junto al escritorio.

—Mire lo que sabemos sobre tres sistemas llamados: Sol, Centauro y Sirio —ordenó el funcionario—. Quiero informes completos acerca de su posición y de la fecha del primer contacto.

El ayudante asintió y desapareció.

Edgerton se agarró al borde del escritorio.

—¡Pero no van a encontrarlos en sus archivos! Es por eso por lo que estamos aquí. Queremos inscribirnos para beneficiarnos de los privilegios comerciales.

—Toveen afirma que poseemos una fortuna en materias primas extraordinariamente buscadas —se apresuró a añadir Edgerton—. Y tenemos tanto que ganar con esta aproximación.

Sus ojos se posaron en la pared, que se volvió transparente bajo la imperceptible presión de su mirada. Visiblemente intimidado, contempló las estilizadas espirales de las torres, las gigantes rampas y la enorme extensión de Megalópolis... una ciudad al lado de la cual las más modernas metrópolis solcensirianas parecían una vulgar aldea provinciana.

El funcionario les dirigió una interrogadora mirada.

—¿Quién es Toveen?

Munsford se relajó, satisfecho finalmente que la conversación adquiriera algo de sentido.

—Toveen es un comerciante independiente. Una nueva ruta lo llevó a atravesar uno de nuestros sistemas, donde se topó con una nave centauriana.

—Nos habló de la Comunidad —encadenó Edgerton—, y puso su asimilador lingüístico para la Gran Galaxia a nuestra disposición. Fue él quien nos trajo hasta aquí en su nave.

Munsford apoyó sus manos sobre la mesa en un gesto de impaciencia.

—Ahora, ¿va usted a inscribirnos?

—¡Oh, no puedo hacerlo! —declaró el funcionario con voz cortante—. Esto no es más que la División de Rasgos Raciales del Departamento de Coordinación Galáctica. Supongo que tienen que ir ustedes a la Oficina de Convenciones Comerciales.

Megalópolis era inmensa y prodigiosa, y cubría completamente la superficie de Centralia... una poderosa construcción de dimensiones colosales que simbolizaba el triunfo del Hombre Galáctico sobre su entorno estelar. Era un lugar que acogía a los representantes de un millar de razas distintas. Una maravilla de colores fantásticos y de sólidos funcionales, toda ella jardines y magníficas fuentes, edificios de atrevida arquitectura y grandiosas estatuas... productos de una tecnología que la pobre ciencia solcensiriana ni siquiera podía concebir.

Para Munsford, era una mezcla de poder y esplendor capaz de inspirar terror. Sentía que se le helaban los sentidos. Edgerton, con el mentón en la mano, miraba morosamente a través de las ventanas del deslizador de superficie que avanzaba sin esfuerzo a lo largo de la rampa ultrarrápida.

—Parece que no vamos a llegar a ninguna parte, Andrew —suspiró—. Llamaremos a la puerta de un despacho, luego a otra, sin llegar a encontrar jamás la correcta...

El Secretario de Comercio dio un apretón al hombro de su compañero.

—Lo conseguiremos —dijo con determinación—. Es preciso. Hay diez mil millones de hombres en casa que esperan ver abrirse ante ellos una nueva y gloriosa era.

Edgerton rió sin alegría. Se pasó la mano por su cráneo calvo, que brillaba bajo la cálida y reconfortante luz del sol naranja vivo de Centralia.

—Es curioso. Tengo la misma impresión. Somos como una tribu de salvajes de antes de la era espacial que recién acaban de descubrir la civilización y que aguardan pacientemente a que todas las maravillas de la ciencia y de la cultura se derramen sobre ellos.

Luego se volvió hacia Munsford, con el rostro tenso.

—Supongamos que no nos aceptan —dijo.

El piloto, un hombre de ropas desarregladas, descoloridas, con una cabeza color rojo cereza y los estigmas de haber recorrido muchos mundos, se volvió a medias.

—Serán aceptados... si ustedes lo desean —profetizó.

Munsford se inclinó hacia adelante.

—Pero imagine que no poseemos las calificaciones necesarias, Toveen. ¿Qué ocurrirá si no nos aceptan?

Toveen se echó a reír.

—Les aceptarán cuando sepan de todo ese carbono y esa silicona.

—Imagino —admitió Munsford— que el único problema es ir a llamar a la puerta correcta para que la mecánica se ponga en marcha.

El piloto lanzó al vehículo por una estrecha rampa ascendente que trepaba en una interminable espiral en torno a un edificio en forma de aguja. Luego frenó y se detuvo ante una imponente puerta que gravitaba sobre ellos.

—Creo que la Oficina de Convenciones Comerciales es aquí. —Descendió con ellos y conectó el piloto automático, que se encargó de estacionar el vehículo—. Esperen aquí, voy a comprobar. —Toveen desapareció bajo la bóveda de la entrada. Munsford y Edgerton se acercaron a la resplandeciente pared de metal para no entorpecer la circulación de los peatones que avanzaban por las cintas móviles.

Esa cinta que maravillaba tanto al Secretario de Comercio era un prodigioso triunfo de la ciencia mecánica. Aunque en apariencia ininterrumpida hasta el infinito, parecía hacer una especie de alto ante la entrada, manteniendo pese a todo la misma velocidad en los dos sentidos a uno y otro lado de la puerta.

Extirpándose de la cinta, la mirada de Munsford vagó, fascinada, a lo largo de las rampas y de las espiras y de las volutas de las torres que oscurecían el cielo y sumían las calles al nivel del suelo en una densa penumbra.

El Secretario de Asuntos Interplanetarios le dio un codazo. Miró a su alrededor, consciente de pronto de su asombrado aire de hombre rústico acabado de desembarcar de un planeta de tercera zona. Quiso sustraerse de las miradas divertidas de los numerosos megalopolitanos. Edgerton tuvo un gesto azorado hacia el público cuya atención habían atraído.

—Sin duda nos estamos comportando como los residentes de los satélites cuando vienen a Nueva Tierra por primera vez.

—Teniendo en cuenta que somos diplomáticos solcensirianos —admitió Munsford—, supongo que deberíamos sacudirnos la paja enredada en nuestros cabellos.

Se preguntaron si sus ajustadas levitas, sus pantalones a rayas y sus guantes de ante no contribuirían, en contraste con las ropas llenas de color y originalidad de quienes les rodeaban, a acentuar su aspecto de extranjeros.

Edgerton echó una mirada a sus polainas y su bastón.

—Miremos las cosas cara a cara, Andrew —dijo con voz abatida—. Nos va a ser difícil sostener honorablemente nuestra dignidad en Centralia.

—Un día, Bradley, formaremos parte de ella —prometió Munsford—. Un día, los súbditos solcensirianos deambularán por Megalópolis con la misma hastiada indiferencia que cualquier otro ciudadano galáctico.

En aquel momento hubo un violento ruido de choque.

Munsford miró por encima de la barrera de la plataforma de aterrizaje. Dos vehículos cargados de pasajeros habían entrado en colisión sobre una rampa, bastante más abajo, y de ellos no quedaba más que un montón de retorcida chatarra mezclada con cuerpos parcialmente mutilados. La circulación se interrumpió con un chirrido de frenos mientras un vehículo oficial caía desde el cielo desembarcando hombres y equipo. Los cuerpos hechos papilla fueron retirados desde los hierros retorcidos y tendidos sobre camillas. Se aplicaron sobre ellas unas cubiertas metálicas en forma de cúpulas, y luego se pulsaron algunos botones. Tras un corto instante, las cubiertas fueron retiradas.

Las víctimas, medio atontadas, se levantaron de las camillas y se dirigieron con paso vacilante hacia el vehículo de convalecencia que les aguardaba.

—¡Dios mío! —exclamó Munsford, maravillado—. ¡Necesitaremos millones de años para alcanzar este grado de tecnología médica!

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro.

—Control fiduciario, por favor.

Se volvió. Frente a él había un hombre de uniforme, con la piel quitinosa y provisto de brazos curiosamente mal situados que parecían más bien unas pinzas.

—Perdón —dijo estúpidamente Munsford.

—Control fiduciario. Encargado de controlar la circulación de posibles falsificaciones —explicó el hombre de uniforme, poniéndole rápidamente una placa bajo la nariz—. Soy encuestador ambulante al servicio del Departamento de Monedas Auténticas.

—¡Oh! —Munsford hizo ademán de haber comprendido—. ¿Qué es lo que desea?

—Debo controlar su dinero. Muéstrenme el que llevan encima.

Retrocedió un paso. Un aparato parecido a una mataselladora montada sobre pies fusiformes se materializó ante los dos hombres sobre el rellano de desembarco.

Munsford y Edgerton vaciaron sus carteras y tendieron los billetes que les había adelantado Toveen.

El inspector los introdujo por un extremo del aparato que cliqueteó, los engulló y los escupió en fajos por el otro lado. Tendió de vuelta los fajos a los delegados solcensirianos. La máquina ronroneó suavemente, lanzó un destello verde, y desapareció.

—Todo está en orden —admitió el hombre de uniforme, poniendo un pie en la cinta rodante—. Disfruten de su estancia.

La cinta móvil se lo llevó a toda velocidad lejos de su vista.

—¡Hey! —exclamó de pronto Munsford—. ¿No crees que...? —dirigió una desconfiada mirada hacia su fajo de billetes.

Pero Edgerton ya había desecho el suyo. Abandonando momentáneamente toda dignidad, lanzó una maldición mientras exhibía hojas de papel blanco de una ultrajante virginidad.

Toveen salía a grandes zancadas del inmueble. Vio sus expresiones y dirigió una experta ojeada a los papeles.

—Muchachos, se han dejado timar.

—¡Ladrón! —gritó Edgerton—. ¡Policía!

—No les servirá de nada —dijo Toveen—. Se contentarán con explicarles educadamente que la protección civil no se extiende a los no inscritos. Vengan, este es el inmueble de Convenciones Comerciales.

El empleado detrás del mostrador apenas podía ser calificado de humanoide. Sus rasgos predominantes tenían algo de sauriano, con el apoyo de unos ojos de reptil y una piel formada por grandes escamas.

—Exacto —confirmó—. La Oficina de Convenciones Comerciales supervisa las relaciones entre los diversos sistemas y aglomeraciones estelares.

Edgerton se mostró visiblemente aliviado.

—Entonces, este es el lugar que necesitamos.

Apoyó su bastón y sus guantes sobre el mostrador.

—El señor Munsford y yo representamos a un sistema triestelar compuesto por cinco mundos provistos de inmensas reservas de silicona, de carbono y de compuestos férricos. Podríamos exportar, entre otros productos...

Se lanzó animadamente a su disertación.

Munford, mientras tanto, meditaba con cierta inquietud acerca de su decepcionante experiencia con el crimen en Megalópolis. Se reprochó su inocencia. Evidentemente, no hubiera debido dejarse ganar por su seductor barniz de la Comunidad Galáctica, al menos no tan completamente. Así que el crimen *no había* sido erradicado totalmente de la cultura final. Así que subsistían aún algunos vestigios. ¿Y entonces? Desde un punto de vista universal, el crimen no era más que la prerrogativa de actividades individuales perversas... del no conformismo. Y, como tal, era algo inevitablemente concomitante de la inteligencia.

Habiendo racionalizado así el anacronismo que constituía la presencia del vicio en Utopía, Munford halló más fácil encajar sus concepciones filosóficas en los aspectos más brillantes de la civilización galáctica... sus inimaginables realizaciones científicas, sus técnicas, sus prodigios de transporte y de comunicación, sus increíbles avances médicos, y...

—Sí, nos sentimos muy orgullosos de nuestro nivel cultural —el empleado había interrumpido bruscamente el curso de los pensamientos de Munford.

Boqueó sorprendido. El empleado desvió la mirada, incómodo.

—Ruego me disculpe, pero irradiaba usted de tal modo, y me he sentido tan arrastrado por la intensidad de su proceso mental... Bien, señor Edgerton, ¿sobre qué estaba usted hablando?

Munford miró al sauriano con respeto, mientras se preguntaba cuántas razas galácticas eran telépatas. Luego, mientras examinaba al personaje con más detalle, tuvo de pronto la revelación, bajo aquella extraña envoltura, de una increíble sabiduría, una sabiduría de un género tal que no podía pertenecer más que a una especie extraordinariamente vivaz.

—Todas las especies galácticas son vivaces —explicó el sauriano—. Pero nuestra longevidad no es innata. El tiempo de vida de la cultura candidata media, en el momento en que la contactamos, puede ser artificialmente acrecentada, estimamos, en al menos diez veces.

Aquella revelación inspiró estupefacción y humildad en Munford. Para él, que había vivido ya la mayor parte de su vida, aquello no significaba sin duda gran cosa. Pero para sus nietos... para los miles de millones de jóvenes, para los recién nacidos...

—Para comenzar —estaba diciendo en aquel momento el empleado a Edgerton—, debo precisarles que todo cargamento está sujeto a una tasa de un valor igual al cincuenta y seis por ciento del valor neto, pagadera en moneda galáctica, o al setenta y uno por ciento en productos comerciables.

Munford sufrió un sobresalto.

—¡Cincuenta y seis por ciento! ¡Setenta y uno por ciento! Es más bien draconiano, ¿no?

—Compréndanos, señor; cuando hay que coordinar las corrientes vitales del comercio galáctico y subvenir las necesidades de diez mil culturas, se necesita dinero.

El Secretario de Comercio se apaciguó dócilmente. Evidentemente, hacía falta dinero para regir la Galaxia. A decir verdad, era él quien se había puesto en ridículo al no pensar en la inevitable existencia de tasas sobre el comercio, de tarifas y comisiones para los servicios gubernamentales. ¡Sólo Dios sabía lo que costaba ya la administración de los asuntos de Solcensir!

El empleado frotó sus pinzas una contra otra.

—Ahora, si me muestran ustedes sus certificados de inscripción y de incorporación, pondremos en marcha la maquinaria.

Munsford tuvo un movimiento de retroceso.

—¡Pero es por eso precisamente por lo que estamos aquí, para inscribirnos y ser incorporados en la Comunidad!

El sauriano se envaró ligeramente.

—Lo siento —dijo secamente—. Ha habido un malentendido. No podemos dar curso a ningún contrato en tanto que ustedes no estén oficialmente inscritos.

Edgerton comenzó a mostrar nerviosismo.

—Escuche... —dijo—, ¡llevamos recorridas ya cinco oficinas!

Pero el Secretario de Comercio se tomó las cosas con filosofía. Era natural que la rutina oficial y los retrasos exasperadores se incrementaran en proporción directa a lo que eran en el seno de una sociedad sumaria y primitiva como la de Solcensir. De todos modos, uno podía llegar a imaginar que, con una administración tan evolucionada como la de la Comunidad Galáctica en Megalópolis, se hubiera hallado ya el medio de acelerar los trámites.

—Si quieren un buen consejo —sugirió el empleado—, mañana levántense muy temprano. Y prueben en el Departamento de las Relaciones, del Plan y del Registro. Es la vía normal de acceso.

Las especialidades culinarias importadas desde las más lejanas regiones de la Galaxia seguían pesando aún en el estómago de Munsford cuando éste se instaló, soñoliento, en uno de los torneados sillones de la sala de relajación de tránsito.

Edgerton y Toveen, saliendo del comedor, atravesaron a largos pasos el salón, y se dejaron caer perezosamente en un sillón a ambos lados de él.

—Ustedes, amigos, se están aferrando de una forma curiosa a esta historia de la inscripción —dijo el viejo trotamundos espacial flemáticamente—. Si fuera yo, hace ya mucho tiempo que me hubiera marchado.

El Secretario de Comercio le dirigió una breve mirada.

—La cultura galáctica no parece apasionarle, ¿por qué?

Toveen se alzó de hombros.

—Siempre digo que cada cual tiene sus gustos. Para mí es demasiado complicada. Cuando ustedes dos me hayan pagado por haberles puesto en contacto con Megalópolis, tendré lo que quiero.

—¿Está usted seguro —preguntó Edgerton— que una propiedad libre de cargas en Nueva Tierra será suficiente?

—¿Quién podría desear algo más?

Incluso en los cinco mundos solcensirianos, recordaba Munsford, siempre había habido, aquí y allá, algunos inadaptados... descontentos para quienes la existencia civilizada representaba una sucesión ininterrumpida de complicaciones y de obligaciones. En la Tierra, algunos incluso se retiraban a lugares apartados para dedicarse a llevar una existencia monástica. Nueva Tierra sería para Toveen simplemente su monasterio particular.

Varias de las paredes de la sala de relajación habían parecido licuarse y, ahora, eran como ventanas abiertas sobre inmensas y soberbias vistas de los mundos del espacio. Los dioramas reproducían imágenes de una sorprendente diversidad. Era al mismo tiempo extraño y notable.

Fue tan sólo entonces cuando Munsford comenzó a apreciar la amplitud de la Comunidad Galáctica y los milagros de un sistema que conseguía mantener en ella la calma y el orden.

Se inclinó hacia Edgerton.

—Realmente me gustaría asistir a una de sus sesiones legislativas. ¿A ti no? —preguntó, volviendo a su lengua solcensiriana.

El Secretario de Asuntos Interplanetarios se hundió en su sillón, frunciendo el ceño.

—Me pregunto si conseguiríamos comprender su procedimiento parlamentario. Debe ser totalmente distinto a nuestro concepto de gobierno.

Munsford asintió gravemente.

—Los principios de nuestra Constitución tendrían a su lado aspectos de ritual de caza de cabelleras.

Edgerton inclinó la cabeza con aire soñador.

—Imagina la eliminación global de todas las estratagemas políticas. Basta de querellas en torno a aspectos legislativos. Basta de medidas apaciguadoras. Basta de cláusulas adicionales. Basta de maniobras proteccionistas, de decretos represivos, de manifestaciones hostiles. —El Secretario de Asuntos Interplanetarios se levantó con un suspiro—. Haríamos mejor yendo a acostarnos. Con un poco de suerte, mañana habremos terminado.

Munsford sujetó su brazo.

—¿Sabes una cosa, Bradley? Acabo de darme cuenta que si no llegamos a ninguna parte es porque nuestra actitud no es la correcta. Tenemos aspecto de mendigar, nuestro aire es de pedigüeños, nos mostramos abrumados por las maravillas que nos rodean.

Se levantó y rectificó cuidadosamente el plegue de sus ropas, aplanó los bordes de sus guantes.

—Debemos conservar nuestra dignidad y recordar nuestros derechos. Les guste o no, la cultura solcensiriana forma parte *ya* de la Galaxia. *Deben* aceptarnos.

Edgerton se levantó y blandió vigorosamente su bastón.

—¡Por el espacio! ¡Tienes razón, Andrew! Somos los representantes debidamente acreditados de diez mil millones de individuos. Nosotros...

Un hombre de elevada estatura, delgado, con una piel color naranja pálido, estaba frente a ellos.

—Les ruego que me disculpen. Naturalmente, ustedes deben ignorar quién soy yo.

Munsford le dirigió una severa mirada. Allá abajo, en su mundo natal, aquel era uno de los métodos de aproximación clásicos de los mendigos.

—Lo ignoramos, efectivamente —dijo Edgerton, también distante.

—¿Por qué deberíamos conocerle, querido señor?

En el rostro del hombre de la toga podía leerse la angustia.

—Es preciso que encuentre a alguien que pueda identificarme. He perdido mis cartas credenciales; nunca me admitirán ante el Gran Consejo. Y es la única posibilidad que tengo de impedirles que hagan trizas nuestra ley. A menos quizá —prosiguió con volubilidad— que podamos concluir un acuerdo con el Sistema Popaldaniano apoyando su proposición de construcción de seis mil nuevos puertos espaciales.

—¿*Qué ley* debe impedirles usted que hagan trizas? —preguntó Munsford, que no había olvidado que se había dejado engañar ya una vez.

—La ley destinada a imponer a los clarkianos una segregación espacial de siete metros.

Munsford cruzó los ojos.

—¿Quiénes son los clarkianos, y por qué el Consejo quiere imponerles esa demarcación?

—Los ciento tres miles de millones de ciudadanos del Sistema de Clark. Somos receptivos telepáticamente a una distancia de siete metros. Y considero que una discriminación tal no es justa. ¿Por qué debería, yo, el Primer Ministro de todo un sistema, mantenerme imperativamente a siete metros de distancia de usted, simplemente porque puedo ver, por ejemplo, que pasó usted dos fines de semana en un yate orbital con una joven dama de su misma raza un mes antes de haber sido elegido para su primera función pública?

El Secretario de Comercio se ahogó en un acceso de tos, y su rostro se volvió casi tan rojo como el de Toveen. Echó una mirada a Edgerton, y se apartó rápidamente del clarkiano.

D'Loon, el Director del Departamento de las Relaciones, del Plan y del Registro, estaba muy agitado. Dos veces más voluminoso que Munsford, su aire era terrible e imponente mientras iba arriba y abajo por su despacho.

—¡Imposible! —declaró—. ¡Absolutamente imposible!

Munford se crispó.

—Que hayamos dejado pasar un mundo es algo que puede admitirse —prosiguió D'Loon con tono vindicativo—; pero un auténtico imperio de cinco mundos en plena expansión...

Dejó su pensamiento en suspenso, con una nota de profunda amargura, y se dejó caer en su sillón.

—Creo poder proporcionarle algunos indicios —intervino Toveen—. Sol, Centauro y Sirio se hallan en el sector Catorce-Amarillo.

Los rasgos del director se contrajeron en un repentino destello de comprensión.

—¡La zona de perturbaciones! Pero quedó establecido hace miles de años que todos los cuerpos celestes en el Catorce-Amarillo son del tipo larmaniano Triple-Z... es decir, incapaces de desarrollar una vida inteligente incluso al más bajo nivel.

—Evidentemente, su estudio fue incompleto —dijo Edgerton con irritación—. Ahora, ¿tendrá la amabilidad de tomar en consideración nuestra solicitud de inscripción?

Con rostro taciturno, el director manoseó de forma ausente varios objetos sobre su escritorio.

—Será necesario, por supuesto. Pero ignoro cuál será exactamente el procedimiento. Imagino que deberá celebrarse una especie de audiencia interdepartamental.

Un poco más de rutina administrativa. Munford luchó contra un creciente sentimiento de desesperación.

Las manos de D'Loon dejaron oír un sonido explosivo cuando las dejó caer sobre sus muslos.

—Veremos. En cualquier caso, no deseo perder la huella de ustedes dos. No me gustaría saber que hay una cultura en plena expansión, en alguna parte en la zona de las perturbaciones, y que voy a necesitar tres o cuatro mil años para encontrarla.

—Esta audiencia —preguntó el Secretario de Comercio—, ¿para cuándo será fijada?

—Tan pronto como sea posible.

Munford tuvo una breve visión de meses transcurriendo.

D'Loon sonrió.

—Mientras esperan, pueden preparar ustedes su oferta inicial.

Munford miró al director.

—¿Nuestra oferta?

—Un gesto habitual de buena voluntad que la Comunidad espera de todas las culturas neófitas. Pueden considerarla ustedes como un derecho de inscripción. No es necesario que sea importante... digamos veinticinco años de producción de sus principales productos.

Munsford lanzó una dolorida mirada en dirección a Edgerton y Toveen. La expresión satisfecha en el rostro del comerciante le recordó lo que le había dicho de la marcha a menudo complicada y decepcionante de los asuntos en la Gran Comunidad.

—¿Quién hubiera creído jamás que Catorce-Amarillo pudiera producir algo? —murmuró D'Loon, soñador—. Vengan, voy a mostrarles algo —dijo, levantándose.

Los condujo a través de la habitación hasta una inmensa puerta metálica. Una brillante luz brotó de ella cuando maniobró el picaporte.

Vacilantes, los dos diplomáticos y Toveen le siguieron a través de una habitación parcamente amueblada, luego por una galería sumergida en la sombría y pegajosa humedad de la noche.

Era completamente evidente que ya no estaban en Centralia. Sobre sus cabezas, un racimo increíblemente denso de extrañas estrellas brillaba esplendorosamente... como una galaxia en miniatura.

—Aparentemente, es la primera vez que entran ustedes en conocimiento con el teleemisor —observó el enorme hombre. Les señaló con un gesto la magnífica extensión estelar—. La zona de las perturbaciones, vista desde Taddolp VI, en el límite del sector Catorce-Amarillo. Setenta y cuatro millones de soles, y ninguno que valga un ápice excepto el de ustedes.

Deslumbrado, Munsford dirigió su mirada hacia el velo de pulsante luz que brotaba de la puerta interior. De Centralia a Dios sabía dónde, *¡en el espacio de un solo paso!* ¡Cuando, en la esfera solcensiriana, el viaje de la Tierra a Nueva Tierra era aún asunto de aproximadamente dos años!

Ahora estaba seguro que no iba a ser difícil convencer al gobierno solcensiriano que incluso cincuenta años de sus diez principales productos no sería pagar demasiado por un solo artículo de la tecnología galáctica... el secreto del teleemisor.

Munsford y Edgerton se sintieron prendidos por el encanto de Megalópolis. El descubrimiento de sus prodigios arquitectónicos, de sus increíbles realizaciones científicas, de su cultura tan dinámica y extraordinariamente desarrollada, terminó por absorberles de tal modo que se convirtieron en algo parecido a unos niños explorando algún extravagante y fabuloso país de las maravillas.

Y muy pronto el Secretario de Comercio dejó de preocuparse de establecer el orden de prioridad en el cual las características determinantes de aquel universo prodigioso debían ser reproducidas en los mundos solcensirianos. En primer lugar, por supuesto, deberían conseguir el teleemisor. Luego, el secreto de larga vida. Después, un catálogo enteramente nuevo de las técnicas médicas. Finalmente, quizá también, la facultad de la telequinesia.

La lista de maravillas se alargó rápidamente, alcanzando tan pronto tales proporciones que Munsford no tardó en creer que serían necesarios años para que una comisión de hombres de ciencia solcensirianos pueda asimilar la fenomenal tecnología de la Comunidad Galáctica.

Los dos diplomáticos estaban aún intentando establecer su lista, tres días más tarde, cuando el correo del Gran Consejo llegó a la zona de tránsitos con las convocatorias.

Se las entregó sobre una bandeja de brillante metal, mientras una cohorte de músicos de resplandecientes uniformes entonaban una fanfarria y algunos servidores desenrollaban ante ellos una lujosa alfombra hasta la cinta rodante. Afuera, un suntuoso vehículo les aguardaba.

Se los llevó, rozando las flechas más altas de Megalópolis, mientras una escolta de vehículos más pequeños les encuadraban, haciendo sonar sus sirenas.

Munsford se hundió con satisfacción en el mullido asiento. Se los trataba de acuerdo con las reglas. Finalmente se desplegaban para con ellos las normas de consideración oficial debidas a su calidad de diplomáticos representando a diez mil millones de ciudadanos.

El vuelo hasta la sala de audiencias fue breve en la medida que, ironías de la suerte, el edificio donde hubiesen debido dirigirse en primer lugar no estaba a más de un kilómetro del espaciopuerto.

Otra alfombra fue desenrollada desde la nave hasta la entrada, donde las trompetas hicieron sonar para sus oídos una fanfarria triunfal. Luego, Munsford y Edgerton, con la cabeza alta, se abrieron paso a través de un cordón de dignatarios. Los estandartes flotaban en las cornisas del edificio; una orquesta atacó un aire alegre, y la multitud, a miles, aglutinada alrededor de la entrada, los saludó con una ovación.

Toveen llegó con retraso en un taxi aéreo; les dirigió una sonrisa de felicitación, haciéndoles comprender que les esperaba en el exterior.

La sala de audiencias tenía un aspecto cavernoso, con un inmenso techo en forma de domo. Munsford y Edgerton fueron conducidos sin tardanza al estrado de honor, mientras las personalidades de gobierno ocupaban sus lugares alrededor de grandes mesas redondas.

Un hombre de edad avanzada, muy digno en su toga flotante, con una noble cabellera de densa blancura, se levantó, y un respetuoso silencio cayó sobre la asamblea.

—Les saludo —salmodió gravemente—. A través de la voz de su presidente, el Gran Consejo les desea una cordial bienvenida como representantes de su pueblo. Y tenemos el placer de anunciar la recepción oficial de Solcensir como el más reciente miembro de la Gran Comunidad Cooperativa.

Munsford permaneció inmóvil, la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Solcensir había ganado. Lo habían conseguido.

¿Qué importancia tenía que hubieran de pagar a la Oficina de Convenciones Comerciales una tasa de cincuenta y seis por ciento del valor de los cargamentos? ¿O que los cinco mundos tuvieran que pagar al Departamento de las Relaciones, del Plan y del Registro un derecho de inscripción igual a veinticinco años de producción de sus diez principales productos? Solcensir *formaba parte*, y eso era todo lo que importaba.

Un individuo cuyo rostro macilento parecía casi humano se levantó de la mesa reservada al Departamento del Trabajo y de las Estadísticas de Producción.

—¿Cuál es su población? —preguntó.

—Diez mil millones —respondió Edgerton orgullosamente.

—¿Población activa?

Munsford se llevó un dedo a la sien en actitud reflexiva.

—Bueno, aproximadamente la mitad, supongo.

—Un veinticinco por ciento de esto, pues, supone unos mil millones. Esperamos que ustedes mismo realicen la selección y les hagan inscribirse.

Munsford frunció el ceño.

—¿Inscribirse, para qué?

—Para situarlos en los departamentos y las oficinas auxiliares de la Gran Comunidad. Generalmente exigimos un treinta y cinco por ciento. Pero solamente después de un siglo de adhesión. La Comunidad debe estar convenientemente representada en los mundos constituyentes, imagine.

Edgerton se inclinó hacia adelante con aire desconfiado.

—¿Quién soporta las cargas? ¿Quién paga los salarios?

—Los mundos miembros, naturalmente. No querrá usted que la Comunidad se haga cargo de las facturas por los servicios que reciben ustedes, ¿no?

Los hombros de Munsford se abatieron. Un cincuenta y seis por ciento de los cargamentos enviados, podía entenderlo. Podía también justificar los veinticinco años de producción de los diez productos principales. Pero aquello...

—¿A partir de cuándo podemos enviar un equipo de inspectores? —era un minúsculo hombrecillo con aspecto de pequeño diablo el que había formulado la pregunta, desde la mesa del Departamento de Impuestos Territoriales.

Munsford se secó nerviosamente la frente con un pañuelo.

—¿Inspectores fiscales? ¿Quiere decir usted...?

—Mi querido señor, tienen ustedes que participar en la subvención de la administración galáctica con una tasa anual de un cinco por ciento de todos los bienes territoriales públicos o privados.

Munsford se envaró en señal de protesta.

—Hey, esperen un poco. Yo...

Alguien se levantó en la mesa de la Oficina de Mejoras Genéticas.

—¿Será demasiado pronto el mes próximo para enviar nuestro equipo de genéticos?

La boca del Secretario de Comercio estaba enormemente abierta. El pañuelo chorreaba.

—Esperamos una cooperación total —ordenó el director del departamento—, si es que debemos conformar Solcensir a los estándares galácticos.

Se acercó al estrado y examinó atentamente a los dos diplomáticos. Su mirada se rezagó más en Munsford.

—Así a primera vista, si ustedes representan el tipo más extendido, habrá que contar con un número elevado de desechos.

—Pero, pero... Yo...

Edgerton lo sujetó por el brazo.

—Calma, Andrew.

El presidente les midió con la mirada.

—Parece, caballeros, que no han sido ustedes plenamente informados de las obligaciones a las que se comprometen las culturas neófitas desde el momento en que la Gran Comunidad establece relaciones con ellas.

—Efectivamente, no —se apresuró a confesar Edgerton, con el pañuelo apretado contra su frente—. Pero deseamos conocerlas lo antes posible. Ardemos en deseos de satisfacerlas todas.

Munsford le miró con una impresionada estupefacción.

—Pero, Bradley, no pretenderás...

—¡Por el amor del cielo, Andrew, cállate! —murmuró el otro.

Alguien se levantó de la mesa del Departamento de Configuraciones.

—Contamos con ustedes para que nos proporcionen documentos cartográficos precisos de todas las tierras emergidas de sus planetas, a fin de poder coordinar el acondicionamiento de las obras de defensa.

—También está el problema del reclutamiento galáctico —encadenó una voz de la mesa de Movilización de Efectivos—. Las condiciones de su participación para este departamento son de un diez por ciento de todos los machos elegibles, un cinco por ciento de las hembras, y un dos y medio por ciento de los neutros, si los hay.

—¿Qué es todo eso del reclutamiento y de las obras de defensa? —farfulló Munsford—. ¿Hay guerra en alguna parte?

El presidente se echó a reír.

—En ninguna parte, por supuesto. Y velaremos para que las cosas sigan así. Pero una preparación sin ningún resquicio es la única forma de mantener a raya a los andromedianos. Comprenden esto, ¿no?

—Naturalmente —respondió el Secretario de Asuntos Interplanetarios con entusiasmo, al mismo tiempo que le hacía un guiño a Munsford—. Y nos sentiremos muy honrados en aportar nuestra contribución.

El Secretario de Comercio, captando finalmente la estrategia de Edgerton, ponderó a su vez:

—Oh, sí. Pero muy honrados.

El portavoz del Departamento de Defensa estaba de nuevo en pie.

—Espléndido. Comprenderán entonces por qué es importante que nos sea cedida una cuarta parte de la superficie de todas las tierras emergidas con fines de fortificación.

—Pero —preguntó Edgerton solícitamente—, ¿dejarán el mantenimiento de las tropas a nuestro cargo, verdad?

El responsable de la defensa sonrió.

—En sus cuatro quintas partes solamente. La Gran Comunidad pagará el resto.

Una silueta familiar se levantó en la mesa del Departamento de las Relaciones, del Plan y del Registro.

—Veamos —empezó con entusiasmo—, ¿dónde decían que estaba situado el Imperio de Solcensir?

—En la zona de las perturbaciones —respondió Munsford, también con entusiasmo.

—Sí, eso ya lo sabemos. Pero hay setenta y cuatro millones de soles en esa región. ¿Cuáles son las coordenadas exactas de Sol, Centauro y Sirio?

—¡Oh! —dijo Munsford inocentemente—, Toveen es quien posee esta información. Fue él quien nos encontró, ya saben. Será preciso que se la pidamos. En este momento está afuera.

Agarrándose del brazo, Munsford y el Secretario de Asuntos Interplanetarios dieron marcha atrás por el corredor, en dirección a la salida.

El zumbido de las conversaciones llenó inmediatamente la inmensa sala de audiencias. El presidente se reclinó en el respaldo de su sillón, cruzando los brazos con paciencia.

—Volvemos inmediatamente —dijo Edgerton por encima del hombro.

A lo que Munsford añadió en un susurro:

—¡Antes reviento!

Centralía se redujo a un disco del tamaño de un guisante, enmascarado por el rastro de fuego del cohete que se lanzaba hacia las regiones insondables del hiperespacio.

Preso de una repentina inquietud, el viejo recorremundos preguntó:

—Al menos, espero que mis posibilidades de obtener esa propiedad en Nueva Tierra no se hallen amenazadas.

—Por el contrario —le tranquilizó Munsford—, nada nos dará tanto placer como tenerle en calidad de huésped permanente. Así no tendrá ocasión de decirle a nadie dónde se encuentra Solcensir.

—Pero —se apresuró a añadir Edgerton—, habrá que incluir esta nave en el trato.

—Miren, amigos —gruñó Toveen—, si deseara seguir en contacto con la Oficina de las Relaciones, no me lanzaría con ustedes a este paseo cósmico hacia la zona de las perturbaciones.

Munsford corrigió desdeñosamente:

—Cuando hayamos llegado a casa, será esta nave quien efectuará un paseo en solitario, y en una dirección muy precisa... directamente hacia el Sol.

Toveen asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo—. En este caso, si me permiten...

Conectó el piloto automático, se levantó, se desperezó, echó una desenvuelta mirada a los dos diplomáticos, luego retrocedió algunos pasos para entrar en su cabina.

Cerró la puerta con llave.

Permaneció escuchando durante unos instantes y luego, finalmente satisfecho, extrajo una valija de debajo de su camastro. Abrió la tapa, dejando al descubierto un chasis metálico provisto de una profusión de elementos electrónicos y de mandos estriados.

—Aquí Toveen —dijo con voz suave.

Silencio.

—Aquí Toveen —repitió, alzando ligeramente el tono.

Hubo un clic, y un murmullo surgió de la valija. Finalmente, una voz tan suave como la suya respondió:

—Le escuchamos, Toveen.

—Estamos abandonando Andrómeda —cuchicheó Toveen, con un ojo clavado en la puerta—. Emprendemos rumbo hacia su galaxia. Quieren destruir esta nave.

Hubo una vacilación en su valija.

—Oh —dijo prudentemente la voz—, esto es un problema. No estaremos en condiciones de acudir a socorrerle.

—¿Socorrerme? ¡Hey, yo quiero quedarme allí! Tiene que ser una vida muy agradable. Además, quiero decirles que después de haber visto la civilización galáctica a través de sus ojos, empiezo a tener las mismas

reacciones que queríamos que tuvieran ellos. Creo que me gustará esta existencia rústica y tranquila en Nueva Tierra.

Hubo una voz a modo de advertencia.

—Oh, no se inquieten —dijo Toveen plácidamente—. No diré nada malo de nuestra civilización andromediana. Excepto a ellos, por supuesto. Continuaré dejando escapar algunas pequeñas alusiones relativas a la orgullosa e imprevisible Andrómeda.

—No se pase, Toveen —advirtió la voz—. No queremos que vuelvan a pensárselo y terminen por decidir que unirse a la imaginaria Federación Galáctica... Bueno, suponemos que esto es un adiós, Toveen. Le echaremos en falta.

Adoptando un tono ritual, la voz salmodió:

—En nombre del pueblo de Andrómeda, saludo la plena realización de su misión. Las trescientas trece culturas galácticas, ahora perfectamente adoctrinadas, evitarán las tentativas de acercamiento con otras culturas, dejando a los andromedianos vivir en paz. Su sacrificio no habrá sido en vano. El pueblo de los sistemas andromedianos no le olvidará. —Hubo otro clic, y la voz se apagó.

Toveen, con el rostro hendido por una amplia sonrisa, bajó la tapa, cerró la valija, y la deslizó de nuevo bajo la litera. Era su único contacto con su civilización materna en la nebulosa de Andrómeda. Vaciló un instante y luego, pensando en los saurianos telépatas y en los hurgacerebros que pululaban en el mundo donde él había nacido, la volvió a tomar, abrió la tapa, y tomó un martillo.

En treinta segundos, sin dejar de sonreír, la había reducido a fragmentos.

FIN

Libros Tauro